

estas grandes vías, se decretaron otras obras públicas, viéndose así en el Gobierno como en los particulares, en aquel orden de empresas, la universal emulación que todavía es una de las ideas dominantes.

Ocupado, pues, el gabinete en estas prácticas cuestiones, de las que sólo era distraído por el restablecimiento de las buenas relaciones con Nápoles, á cuya corte fué enviado como embajador el marqués de Villena, por las negociaciones con Francia, Cerdeña, Suiza y otras naciones, con el fin de celebrar tratados sobre el deslinde de fronteras, propiedad literaria, correos y otras materias, quedaron abiertas de nuevo las Cortes el día 5 de Noviembre.

A pesar del celo que el Parlamento parecía tener en favor de los intereses positivos, como el examen del presupuesto y varias propuestas entre las que figuraba un proyecto para la canalización del Ebro, no faltaban encendidas discusiones políticas, en las que si bien el Gobierno contaba con mayoría, no dejaba de advertirse que en nada había cambiado la actitud política de los partidos.

Entre todos los disidentes, la fracción conservadora era la que ofrecía mayor peligro para el ministerio, á tal punto, que llegó á creerse por un momento en la caída de Bravo Murillo.

Estos hechos coincidieron con el regreso de Narváez y de Istúriz, embajador en Londres, considerado éste como el hombre de las situaciones neutras y como el lazo de unión entre las diversas fracciones del partido moderado, de modo que ya en las conversaciones privadas se daban como ciertos varios nombramientos, cuando llegó á Madrid la noticia del golpe de Estado realizado en París por Luis Napoleón, en 2 de Diciembre, creando para Francia y para Europa entera una

situación nueva con diferentes influencias y con diferentes peligros.

Este inesperado acontecimiento fué un cable salvador para el Gobierno español, que apresurándose á reconocer la autoridad recientemente establecida en París, luego suspendió las sesiones el día 8 de Diciembre.

Un nuevo suceso, pero de orden distinto, parecía proporcionar á la Península una nueva garantía para su estabilidad interior.

La Reina dió á luz una princesa el día 20 de Diciembre, á la que se dieron los nombres de María, Isabel, Francisca de Asís y Cristina, asegurándose de esta suerte la sucesión directa de la corona.

Poco después, nuevos accidentes agitaron en diverso sentido la opinión pública al mismo tiempo que comunicaban mayor vigor á las ideas que comenzaban á dominar en las esferas del Gobierno.

Uno de ellos fué un motín militar al que siguió tan horrible como sangriento castigo, y el otro un atentado contra la vida de la soberana.

El día 2 de Febrero del año 1852, la Reina se dirigía al templo de Nuestra Señora de Atocha con el objeto de presentar la recién nacida, cuando de entre la gente que en su torno se aglomeraba en demostración de alegría y afecto, salió un sacerdote para arrodillarse á los pies de Isabel II, y mientras con una mano le presentaba un papel, con la otra le dió una terrible puñalada, que afortunadamente los bordados de su vestido impidieron internarse gran cosa la carne.

Semejante hecho causó indignación y horror en toda España, país prototipo de la lealtad, de la hidalguía y de la nobleza, y el regicida, que era un sacerdote de sesenta años llamado Manuel Martín Merino, fué ahorcado el día 7 de Febrero del año 1852.



CAPÍTULO XVII

OTRAS NACIONES DE EUROPA.—DESDE 1830 Á 1840

Bélgica y Holanda.—Polonia.—Sublevación de Varsovia.—Divisiones intestinas.—Batalla de Fraga.—Situación apurada de los polacos.—Los rusos se apoderan de Varsovia.—Tiranía de Rusia.—Italia.—Propósitos de Fernando II y de Carlos Alberto.—Estados pontificios.—El Pontífice Gregorio XVI.—Motines y trastornos.—María Luisa de Toscana traslada su gobierno á Plasencia.—Proceder de Austria.—Capitulación de Ancona.—Negativa del Pontífice á plantear las reformas indicadas por las grandes potencias.—Las sociedades secretas.—Gregorio XVI invoca el auxilio de los austriacos.—Los franceses en Ancona.—Motines en Holanda.—Se organiza en Bélgica un gobierno provisional.—Independencia de Bélgica.—Conferencias en Londres.—Leopoldo I de Bélgica.—Intervención francesa.—Inglaterra y Francia contra Holanda.—Portugal.—El usurpador D. Miguel es derrotado.—Capitulación de Evora.—Guillermo IV de Inglaterra.—Abolición de la esclavitud en las colonias inglesas.—Muerte de Guillermo IV sucediéndole su prima Victoria.—Turquía.—Reformas de Mamud Kan II.—Mehemed Ali.—Intervención de las grandes potencias.—Ventajas obtenidas por Rusia.—El sultán Abdul-Mejid.

LA revolución del mes de Julio de 1830 en Francia, parecía ser una señal convenida para que también estallase en varias naciones de Europa.

Bélgica, por su parte, se emancipaba de Holanda, mientras que los pueblos alemanes reclamaban reformas y Polonia, intentaba por todos los medios sacudir el yugo que el ruso le impusiera.

Las instituciones que Alejandro fundara, y que en 1815 habían sido garantidas por Europa, habían ido desapareciendo una tras otra, bajo un ataque continuado de la administración rusa.

Abolida la publicidad de las sesiones de la Dieta, establecióse la censura, se prohibió la instrucción primaria, se limitó la superior, quedaron anuladas las garantías judiciales que se reemplazaron por comisiones de información, unido todo esto á las casi continuas violencias de la libertad individual, arrebataron á los polacos toda ilusión, induciéndolos á una resistencia activa, que dió lugar á la formación

de varias sociedades secretas, especialmente en el ejército.

Cuando en 1829 el emperador Nicolás fué á coronarse á Varsovia como rey de Polonia, se negó rotundamente á escuchar las humildes, pero fundadas quejas, de los polacos. Una vez más apuraron aquellos desdichados, hasta las heces, el cáliz de la amargura, resignados por el momento, pero cada vez más encendido en su pecho el santo fuego de la redención.

Concretáronse, pues, á esperar ocasión propicia y se presentó cabalmente cuando menos lo creían aquéllos.

Á las jornadas de Julio en Francia, sucedió el levantamiento de Bélgica, y á éste, las más profundas agitaciones de Alemania, y los polacos, que habían esperado con ansia un pretexto para sublevarse, no vacilaron un momento en protestar con las armas en la mano, de la repugnante tiranía que, por parte de los rusos, sufrían, sin más razón que la de ser más débiles.

Así fué que, sin poder contener por más tiempo el fuego patriótico que les abrasaba, se sublevaron en la noche del 29 de Noviembre del año 1830 á la señal de dos incendios, que era la convenida de antemano.

Las masas se dirigieron inmediatamente al palacio en que residía el gran duque Constantino, que pudo encontrar su salvación en la fuga. Varsovia quedó dueña de sí otra vez, negoció con el gran duque la retirada de las tropas rusas, pero después de conseguidos todos sus propósitos, las disidencias intestinas, con las que no habían indudablemente contado, reaparecieron, casi al momento, siendo la verdadera causa de su ruina.

El emperador, que desde el primer momento no había perdido de vista á los polacos, contra los cuales estaba ya preparado, aprovechándose del tiempo que perdieron en inútiles querellas, lanzó sobre ellos un poderoso ejército que, valerosamente resistido por los polacos, dió lugar á un sangriento combate que empezó el 19 de Febrero y no terminó hasta el día siguiente, sin que los rusos obtuvieran la victoria, á pesar de quintuplicarles las fuerzas.

El día 25, mermados los combatientes polacos por las bajas de muertos y heridos, presentaron nueva batalla en Praga que no fué menos mortífera que la anterior.

Sin embargo, el ardor de los polacos no se enfriaba, antes por el contrario, se reanimaron con las victorias obtenidas en Waver, Dembé é Iganía durante los meses de Marzo y Abril, y no cabe duda ninguna, hubieran obtenido un triunfo cumplido, si los refuerzos ó socorros que esperaban, hubiesen llegado.

Pero mientras que los polacos esperaban en vano, el ejército ruso se fué reformando, hasta que á orillas del río Narem se libró otra batalla más sangrienta que las hasta entonces libradas, en la que, sufriendo grandes pérdidas, no pudieron resistir el empuje de los rusos y el 12 de Mayo emprendieron la retirada hacia Varsovia, con la única esperanza de que allí podrían recibir socorros de la parte de occidente.

En aquellos momentos el emperador Nicolás firmaba con Prusia un tratado que favorecía el avituallamiento de su ejército.

La actitud de Prusia imponía á las demás potencias el deber de intervenir á su vez, con el objeto de intentar el restablecimiento del equilibrio.

Pero Francia se concretó á ofrecer su mediación en aquel asunto al Gobierno moscovita mientras

que el inglés se negaba á unirse con Francia para dar aquel paso.

De nuevo, pues, quedaron frustradas las esperanzas de los polacos, no tardando en hallarse frente á frente de la más horrorosa de las realidades, puesto que el ejército ruso se les acercaba mandado por el príncipe Paskiewitch, y al verse tan gravemente amenazados, lejos de estrecharse más y más para de este modo rechazar con energía á tan implacable enemigo, separaron doblemente las distancias que impedían su unión.

Acusábase por el partido exaltado á la aristocracia de Varsovia de paralizadora de los esfuerzos del país, y de nuevo los ánimos del pueblo polaco se sublevaron, los clubs estallan en clamores amenazadores, y mientras tienen lugar estas ruidosas manifestaciones de descontento, el príncipe ruso, con su ejército, cruza el Vístula y se acerca á la capital de Polonia.

Los disturbios intestinos, lejos de apaciguarse, aumentan hasta el punto que en la noche del 15 de Agosto, presa la muchedumbre de un furor que rayaba en la desesperación y resuelta á defenderse, derribó el Gobierno, matando á los que apellidaba traidores.

Pero como con estos sucesos nada práctico suele reportar, el ruso llegó á los muros de la ciudad y el día 6 de Septiembre batió los muros del fuerte de Wola, abandonado por fuerza por los sitiados, después de heroica defensa, y dos días después, la capital de Polonia caía en poder de los rusos.

La noticia del triunfo alcanzado por el Czar causó honda impresión en el ánimo de los franceses, la cual se revelaba más gráficamente en el pueblo parisién que, sin poder contenerse, el día 16 del mismo mes, se alzó en imponente motín tomando por motivo el descuido y la indiferencia que el Gobierno francés mantuvo respecto de la revolución polaca.

Solamente los ministros Casimiro Perier y Sebastiani pudieron escapar de los furores del pueblo.

El diputado Manguin atacó con vehemencia la política exterior del Ministerio, y mientras los ataques se sucedían en el Parlamento francés, en Varsovia no reinaba más que el orden que impone la ley del más fuerte, el orden que imprime la muerte.

Gran número de prisiones, destierros á la Siberia, la traslación de cinco mil propietarios al Cáucaso, ponían de manifiesto la forma con que los rusos intentaron aplicar la amnistía, que al día siguiente de la victoria, proclamaron.

También otros pueblos tenían en Francia fija la

suplicante mirada en demanda de auxilio contra la opresión extranjera. Italia era una de ellas, pero que también contempló fallidos sus deseos y burladas sus aspiraciones.

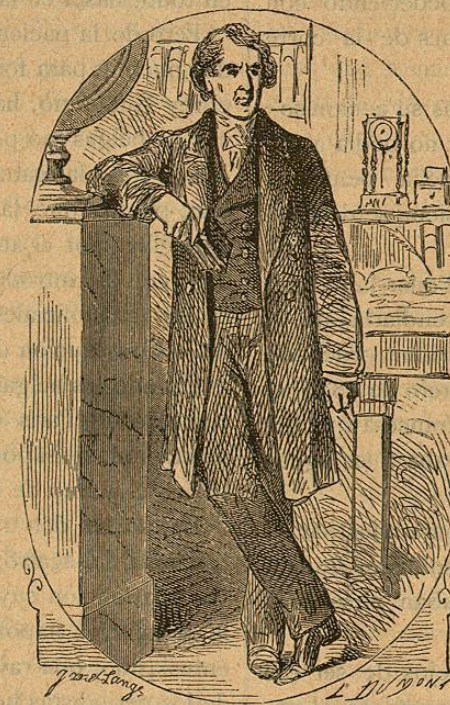
Acababan de subir al trono dos nuevos soberanos en Nápoles y en Turín, Fernando II el día 10 de Diciembre de 1830, y Carlos Alberto el 27 de Abril del año 1831.

Prometía el primero restañar las heridas del país, mientras que el otro había favorecido en 1821 las tentativas liberales, pero no abrigaban los mismos fundamentos de confianza los restantes súbditos de

la península italiana, puesto que no se mostraban tan avanzados sus soberanos.

Así era que tanto las sociedades secretas como las continuas sublevaciones provocadas en los Estados Pontificios mostraban claramente el espíritu reaccionario que respiraba la corte de Roma.

El día 2 de Febrero se proclamó Pontífice á Gregorio XVI, hostil al espíritu del tiempo, y la insurrección que estalló en la Rumanía dos días después de aquella proclamación, no era ciertamente la más á propósito para reconciliarse con semejante espíritu.



ARAGÓ

En el breve espacio que medió desde la proclamación del Pontífice hasta el día 12 del mismo mes, los príncipes austriacos de Módena y Parma abandonaron sus Estados; María Luisa, la archiduquesa de Toscana, trasladó su gobierno á Placencia; se pronunciaron en la Legaciones, Urbino, Pésaro, Jano y Sinigaglia; el día 17, se adhirió al levantamiento Ancona; la Umbría siguió el ejemplo de la Rumanía y el Gobierno pontificio fué abolido en Perusa, Espoleto, Folio y Varni.

Pero el día 10 de Marzo empezó ya la reacción, volviendo los austriacos á poner en sus solios á los duques de Parma, Módena y á la archiduquesa María Luisa.

El Gobierno de Módena que confiaba en que los austriacos, que no tenían el menor motivo de queja para intervenir en las Legaciones, se abstendrían de invadirlas, vió con asombro que el día 20 del mismo mes avanzaban hacia la capital, obligando al Gobierno bolonés á retirarse á Ancona hasta donde fué perseguido.

Los italianos se batieron con bravura en Rímni, pero Ancona se vió precisada á capitular.

Al mismo tiempo que estos hechos se consumaban, los representantes de Francia, Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia presentaron al Papa un memorándum en el cual le indicaban las reformas que les parecían oportunas para aplacar la irrita-